

sentaba la oportunidad de hacerlo, tomó la ciudad de Tula, en dicho Estado, derrotando previamente á una fuerza que salió á atacarlo, conservando esa y otras poblaciones importantes desde las cuales tenía en *jaque* á la guarnición de Tampico.

Cortina y el General Hinojosa, con éxito vario, seguían operando en los alrededores de Matamoros, contra las tropas de los jefes reaccionarios Olvera y López; y el General Negrete, con la sección que se reservó llegó á la Villa de Santa Rosalía (Chihuahua), después de una marcha penosa por el desierto de Jaco. La escasez de recursos impidió el que esa fuerza se conservara íntegra para poder entrar en campaña en la primera oportunidad, y por tal motivo, procedióse á dividirla en tres secciones: con una se formó una brigada al mando del General Aguirre, la cual regresó para Coahuila; otra marchó á la Capital del Estado de Chihuahua, y la última se dirigió á Hidalgo del Parral, para incorporarse con la tropa que allí existía en observación del enemigo.

Entretanto, el General Escobedo habíase propuesto abrir una nueva campaña sobre Matamoros, para lo cual reunió todos los elementos posibles, concentrando sus tropas en Cerralvo, de donde salió la expedición que quedó á la vista del Puerto el 22 de Octubre, estableciendo su campamento á tiro largo de cañón, en un rancho inmediato. Treviño quedó en observación del enemigo que estaba en Monterrey.

Escobedo intimó rendición á la plaza por conducto del Coronel D. Sóstenes Rocha, Mayor General de la División sitiadora; la intimación fué desechada, y en el acto procedióse al establecimiento de trincheras y demás obras de sitio.

El 24 de Octubre se dió la orden para que la plaza fuera atacada al día siguiente, siendo el General Hinojosa designado para hacerlo por la derecha, y por la izquierda el de igual clase Cortina, debiendo el centro llamar la atención por medio de un ataque falso. A Naranjo se le encomendó el asalto del fortín llamado de Monterrey.

A las dos de la mañana del 25, caía un copioso aguacero que duró hasta las cinco de la mañana, y soplaba un furioso viento Norte: esto impidió el que se diera oportunamente la señal del asalto, y dada ésta á las cuatro, aunque el ataque fué vigoroso, no fué simultáneo, circunstancia que decidió del éxito, pues aun cuando el enemigo fué

arrollado, su reserva lo sostuvo, reforzada con tropa que sacó de los fuertes, y con la del vapor "Antonia," que subiendo el río ametrallaba á los republicanos por la espalda. Este incidente imprevisto, y el haber sido heridos Hinojosa y su segundo, coronel Don Adolfo Garza, determinaron la retirada, que se verificó ordenadamente hacia el punto de partida.

Fracasado el asalto, Mejía hizo salir su caballería, cuyos ataques fueron rechazados: en los días siguientes no se intentó ningún movimiento formal; la lluvia y el viento continuaron sin interrupción, y las nuevas salidas del enemigo fueron perfectamente infructuosas, sin que cesara el fuego de fusil y de cañón: el rigor del tiempo, la falta de municiones, y el haber comunicado Treviño que los franceses salían de Monterrey, decidieron á Escobedo á ordenar la retirada, dejando á Cortina hostilizando el Puerto, y dirigiéndose él con las demás tropas rumbo á Cadereyta, donde llegó pocos días después.

Quedó frustrado por otra vez más la toma de un punto tan importante como lo es el Puerto de Matamoros; y esa circunstancia induce á inquirir, ¿por qué con elementos insuficientes se emprendía el sitio de una ciudad perfectamente fortificada, guarnecida suficientemente y dotada de los recursos necesarios para resistir con buen éxito al enemigo?

Y esta campaña, lo mismo que las anteriores sobre la referida plaza, acaso no faltará quien la califique de imprudente y en absoluta oposición con la ciencia de la guerra; pero juzgando con la fría razón y bajo la influencia de un criterio recto, se vendrá en conocimiento de que la ocupación del lugar referido era de necesidad ingente para el buen resultado de las demás operaciones militares en la frontera del Norte, y de que, por muchos y poderosos que fueran los esfuerzos y sacrificios de los pueblos de esa patriótica demarcación, no podían aprovecharse aquellos oportunamente, ya por la enorme distancia que separara á unas poblaciones de otras, como por la dificultad que de ello resultaba en las comunicaciones, y mucho más si se tiene en cuenta que para la organización de tropas, establecimiento de oficinas é instalación de autoridades, no se contaba con ningún punto seguro, ni con un instante de reposo, pues las fuerzas invasoras y las de sus aliados se movían incesantemente en grandes columnas, haciendo una

guerra activa y con todos los elementos necesarios para llevarla á buen término; por lo tanto, fatigar al enemigo, extraviarlo en su camino, dividirlo, desorientarlo en sus planes y sorprenderlo cuantas veces fuera posible, esa era la táctica empleada por los republicanos, y la única que podía darles, como les dió, excelentes resultados.

“La pluma se resiste, dice un escritor de la época, á trazar el relato de las situaciones diversas y siempre angustiosas en que los republicanos frecuentemente se veían. Nunca los recursos que se proporcionaban eran bastantes á cubrir su desnudez: los jefes y la oficialidad durante muchos meses partían con los soldados un rancho sobrio hasta la miseria: el dinero era cosa desconocida por semanas enteras; y muy ricos se consideraban todos, si al cabo de ochenta días recibían el *prest* de media quincena. A veces, y eran muchas, los oficiales se distinguían de los soldados por sólo la voz de mando, pues que los harapos de unos y otros eran iguales.

“El hábito de la desnudez era tal, que en una ocasión que una pequeña fuerza republicana se presentó vestida con blusa y pantalón de manta ordinaria, se creyó que era el enemigo.....

“En cuanto á víveres y sueldos, la suma escasez de ellos no dejó de causar en ciertas ocasiones algo de murmuración entre la tropa; pero siempre que esto acontecía, el General Escobedo reuniéndola y haciendo uso de una elocuencia militar que le era característica, le dirigía la palabra; encarecía el deber de sacrificarse por la patria; enaltecía la honra y la gloria que á la nación resultaría de consignar en su historia tan inauditos padecimientos, tan heroica abnegación; pintaba el porvenir con los más bellos coloridos; modulaba su voz en el tono solemne del mando, para recordar á los soldados las severas obligaciones de la ordenanza; les prometía nuevos triunfos; y de esta manera, entusiasmando á su hambriento auditorio, le hacía prorrumpir en vítores y aplausos, y le arrancaba los ofrecimientos más generosos de constancia y de obediencia.”<sup>1</sup>

La ocupación de Matamoros era, pues, el punto de mira de los jefes liberales de la frontera. Mejía, tan competente en la materia, decía al Dr. Basch, durante el sitio de Querétaro: “En Matamoros y no en

<sup>1</sup> Juan de Dios Arias.—Reseña de la formación y operaciones del Cuerpo de ejército del Norte. Páginas 36 y 37.

México estaba la llave del Imperio; debíamos poner allí á toda costa una fuerte guarnición, la cual habría hecho frente á los americanos. Entonces les rogué, continuaba Mejía muy conmovido, que me dieran hombres nada más, que yo los habría armado y mantenido; no me quisieron hacer caso, y con Matamoros todo se lo llevó la trampa.”<sup>1</sup>

Queriendo Escobedo realizar su propósito de apoderarse de Monterrey, emprendió su marcha de Cadereyta Jiménez, el 22 de Noviembre, con fuerzas de Nuevo León y Coahuila, pernoctando en la Villa de Guadalupe, á una legua de aquella Capital. Los imperialistas, al mando de Tinajero y Quiroga, á cuyos jefes había quedado encomendado el mando de la plaza, les salieron al encuentro, y el 23 los atacaron con la mayor decisión, encontrando una tenaz resistencia: acometidos á su vez, de flanco y retaguardia por la caballería de Treviño, y de frente por el resto de la fuerza, no tardaron en desconcertarse, siendo derrotados completamente, sufriendo pérdidas considerables de muertos, heridos y prisioneros, y bastantes armas.

El 25, incorporada ya la fuerza del Comandante D. Ruperto Martínez, se decidió el asalto de la plaza, adonde se habían refugiado los restos dispersos de los imperialistas: efectuándolo varias columnas á las órdenes de los intrépidos Naranjo, Martínez, Cabada y Garza Leal, quedando la caballería á las órdenes del Coronel Rocha, apoyando la derecha de la línea de ataque, y sirviendo de reserva. Escobedo tomó á su cargo la dirección del centro y la izquierda, dejando á Treviño la derecha.

Así dispuesta la embestida, ésta se efectuó el mismo día, pero con tal brío, decisión y arrojo, que pronto fueron envueltos y tomados los fortines; y la fuerza que los defendía, obligada á replegarse precipitadamente á la plaza, sin que pudiera evitar el alcance de la caballería de Rocha, que á la cabeza de sus dragones la acaudilló, tomándole 80 prisioneros armados, refugiándose los restos en la Ciudadela y fuerte del Obispado.

Dos horas fueron suficientes para obtener este brillante triunfo; mas el enemigo, desde que tuvo noticia del avance de los republicanos, solicitó auxilio del Comandante “La Hayrie,” que estaba en el

<sup>1</sup> Dr. Samuel Basch.—Recuerdos de México. Páginas 238 y 239.

Saltillo, y el de Jeanningros, recién ascendido á General, y que mandaba por el rumbo de Monclova.

El primero, como más cercano, acudió á la ciudad atacada, adonde llegó el mismo día 25: penetró en la plaza, arrolló un puesto avanzado y se introdujo hasta el centro, donde atacó vigorosamente á sus contrarios, cuya infantería lo obligó á retroceder, y entonces Treviño con cien riferos á pie y Rocha con su caballería, se lanzaron denodadamente sobre el enemigo, lo aturdieron con sus certeros y redoblados golpes, hasta poner en dispersión á la caballería francesa, que con su escape arrastró á la infantería, dejando regadas de cadáveres las calles de la ciudad, por donde tuvo verificativo este combate singular.

Refugiados franceses y traidores en el Obispado y Ciudadela, últimos atrincheramientos del enemigo, circunvalado el segundo de fosos y de regulares obras de defensa, se estaban dando las órdenes para el asalto, cuando se recibió aviso de que Jeanningros, al frente de una fuerza respetable, venía rápidamente en auxilio de la guarnición acabada de batir; esto obligó á los liberales á desocupar la ciudad, haciéndolo en el mejor orden, y dividiendo sus tropas en dos columnas, cuya retaguardia sufrió el ataque de la caballería francesa, siendo rechazada después de un nutrido tiroteo, y de varios combates al arma blanca, en los que corrieron un riesgo inminente Escobedo y Treviño, que se presentaron en la lid á la cabeza de sus soldados.

El enemigo regresó á Monterrey la misma noche; los republicanos continuaron su retirada hacia Camargo, sin ser ya molestados, dividiendo la fuerza en varias secciones, que ocuparon distintos puntos según lo exigía la situación; su comportamiento había sido excelente, rechazando primero el ataque de Quiroga y Tinajero; tomando después por asalto la plaza fortificada que defendían, y derrotando la columna francesa de "La Hayrie," sucesos plausibles que auguraban mucho bueno para lo venidero, según lo veremos después.

Escobedo, con su Estado Mayor y Rocha, marchó á reunirse á las tropas que habían quedado frente á Matamoros; una parte de la fuerza se destinó á Linares; Treviño con otra se dirigió á Cerralvo, y la de Naranjo se situó en Villa Aldama, quedando el Comandante Ruperto Martínez á inmediaciones de Monterrey para hostilizar al enemigo. Canales marchó para el Estado de Tamaulipas.

Importantes como habían sido los sucesos de Monterrey, fueron desfigurados completamente por los intervencionistas, siguiendo con ello su inveterada costumbre. El descalabro de Tinajero y Quiroga en la Villa de Guadalupe fué convertido en un triunfo para las armas del Imperio, lo mismo el combate de retaguardia habido en las afueras de la ciudad, al evacuar ésta el ejército republicano: sólo la toma de Monterrey fué lo único que no pudo negarse, por ser un hecho tan notorio que era imposible la mentira.

Con el objeto de operar un movimiento de concentración, dispuso Bazaine en Septiembre y Octubre la retirada de los franceses que habían invadido los Estados de Nuevo León, Coahuila, Chihuahua, Sinaloa y Sonora, á cuyo fin, la sección mandada por Jeanningros salió de Monterrey y el Saltillo, tomando el camino de San Luis; Brincourt desocupó el Estado de Chihuahua, llevándose á los principales traidores que habían fungido de autoridades en dicha demarcación; las fuerzas francesas hicieron otro tanto con el de Sinaloa, exceptuando el Puerto de Mazatlán; y por último, las ciudades de Ures y Hermosillo fueron evacuadas, reconcentrándose los invasores en Guaymas, de cuyo punto salió el Coronel Garnier para Mazatlán.

En virtud de ese movimiento, el Gobierno legítimo, que se había retirado á la Villa de Paso del Norte, retornó á la ciudad de Chihuahua el mes de Noviembre, según lo llevamos dicho en otra parte de este capítulo.

El 16 de Octubre (1865), llegó á México M. Langlais, quien, á pesar de la negativa de Maximiliano, venía á encargarse por orden de Napoleón de la tan asendereada Hacienda mexicana.

Su imprevisto arribo dió bastante que decir, pues su posición equívoca lo colocaba en una situación difícil cerca del Gobierno imperialista, por lo cual desde Agosto había publicado el "Diario del Imperio" un artículo en que se expresaba así:

"Leemos en un periódico de la Capital, que el Consejero de Estado francés, Mr. Langlais, ha sido nombrado Ministro de Hacienda de México.

"Es imposible que seriamente se dé ascenso á la idea de que nuestro Soberano, que tan celosamente vigila por el buen servicio de la Nación, confiara á nadie el encargo de nombrarle un Ministro, y mucho menos tratándose de un ramo tan delicado como el de Hacien-